

ESCALA ESPIRITUAL O ESCALA DEL PARAISO

San Juan Clímaco

SEGUNDO ESCALON: DEL DESAPEGO O DESPREOCUPACION (APROSPATHEIA)

Continuamos ahora con otro capítulo de la Escala de Juan Clímaco (Cf. CCMM N° 73-74, pág. 389) en la traducción de la Hna. Isabel Gil Almoda osb y siguiendo la numeración de párrafos de la edición del P.Placide Deseille: el desapego (francés: détachement; alemán: Gelassenheit).

Junto con el primer escalón (renuncia al mundo) y el tercero (exilio voluntario), este segundo sobre el desapego forma un tríptico introductorio. Se trata del pórtico de la ascensión espiritual, del primer paso de "dejar las redes" y de "levantarse del telonio", en otras palabras, de la etapa llamada "Vía purgativa". Si el primer grado de la renuncia al mundo se refiere más bien a la separación física, este segundo grado del desapego, despreocupación o "indiferencia" trata de la separación espiritual, es decir, del necesario distanciamiento afectivo de los valores de este mundo. Su efecto más notable, como precisa Juan Clímaco en el párrafo N° 11 de este capítulo, es la superación de la *tristeza*.

En el desapego no se trata, como explica G. Jacquemet en el artículo "*Détachement*" de la enciclopedia "*Catholicisme*" III (París 1952, 688-691), de la supresión de todo deseo o aspiración, o de la insensibilidad egoísta o del desprecio de la creación. El verdadero desapego consiste en mirar al mundo como algo esencialmente *relativo*, incluso con todo lo admirable que contiene, como un permanente desafío a buscar los valores superiores del reino. En segundo lugar el desapego implica la moderación en la búsqueda y posesión de los bienes terrenos. En tercer lugar es la aceptación de la omnipresencia de la Cruz en todas las alegrías de este mundo. Como se ve, estas no son verdades esotéricas, sino que tocan la misma esencia del cristianismo. El monje no vive valores diferentes al cristiano laico, sólo que trata de vivirlos más intensamente.

Mauro Matthei, osb
S. Benito de Llú-Llíu, Chile

TEXTO

1. El que de verdad ama al Señor, el que de verdad desea buscar el reino venidero, el que de verdad se duele de sus pecados, el que de verdad ha conseguido tener siempre presente las penas futuras y el juicio eterno, el que de verdad ha asumido el temor de su propio fin, ese ya no amará, ni se preocupará, ni recordará ni el dinero, ni las riquezas, ni sus familiares, ni la gloria del mundo, ni amigos, ni hermanos, ni cosa humana y terrena. Antes bien, abominando y sacudiendo todas estas preocupaciones, aborrecerá su misma carne y seguirá desnudo, despreocupado y decidido a Cristo, levantando sin cesar los ojos al cielo, esperando de allí el auxilio, según la palabra del santo profeta: "No me he cansado de seguirte, nunca deseé el día ni el descanso del hombre" (*Jr* 17, 16 LXX).
2. Es una vergüenza que después de haber abandonado todo lo que arriba mencionamos, llamados no por un hombre sino por el Señor, nos apliquemos a otros cuidados que de nada nos servirán en la hora de la necesidad, es decir, de la salida de este mundo. Esto es lo que dijo el Señor que era mirar hacia atrás y no ser digno del reino de los cielos (*Lc* 9,62).
3. El Señor conocía muy bien lo inestables que son nuestros comienzos y sabía que fácilmente nos volveríamos al mundo si tuviésemos trato y conversación con las personas mundanas. Por eso a un joven que le dijo: "Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre", le respondió: "Deja que los muertos entierren a sus muertos" (*Mt* 8,22).
4. Después que hemos dejado el mundo suelen los demonios ponernos delante hombres misericordiosos y piadosos que viven en el mundo y nos hacen creer que ellos son santos y nosotros pecadores, por carecer de las virtudes que ellos tienen. Esto lo hacen nuestros enemigos para que bajo una falsa humildad nos volvamos al mundo o, nos precipitemos en la desesperación si perseveramos en la vida monástica.
5. Algunos desprecian por orgullo a los que viven en el mundo; otros lo hacen en su ausencia, para evitar la desesperación y para armarse de esperanza.
6. Nosotros que hemos resuelto seguir nuestra carrera con ardor y prontitud, seamos muy atentos a la condenación que el Señor ha lanzado contra los que viven en el mundo y, aunque vivos, están muertos, cuando dice: "Deja a los que están en el mundo y están muertos, enterrar a los que están muertos corporalmente" (*Mt* 8,22).
7. Escuchemos lo que el Señor dijo al joven que había guardado casi todos los mandamientos: "Una sola cosa te falta: vende lo que tienes y dáselo a los pobres" (*Mc* 10,21), y hazte pobre y necesitado de la misericordia de los

demás.

8. No fueron causa las riquezas para que el joven rico dejase de recibir el bautismo; se engañan quienes piensan que para recibir el bautismo le mandaba el Señor vender sus posesiones. No era esta la causa, sino que quería elevarlo a la dignidad de nuestra profesión (monástica). Y para tener plena certeza de la grandeza de ella, debería bastar este testimonio.
9. Hay que preguntarse por qué algunos, mientras viven en el mundo, se ejercitan en vigili-as, ayunos, trabajos y otras aflicciones y cuando se retiran de la compañía humana para pasar a la vida monástica, como puestos a prueba y colocados sobre un terreno de entrenamiento, no hacen ya caso de su primera ascesis, como de algo falso y artificioso.
10. He visto numerosas y diversas plantas de virtudes plantadas por hombres que vivían en el mundo. Se regaban con el agua subterránea y cenagosa de la vanagloria y se cebaban con la ostentación y apariencia del mundo y se estercolaban con el estiércol de las alabanzas humanas; pero al ser transplantadas a tierra desierta, apartada de la vista y compañía de los hombres y privados del agua de la vanidad, se secaron. Pues los árboles criados en la humedad no pueden dar fruto en la tierra seca y árida de los terrenos de entrenamiento.
11. El hombre que ha logrado detestar al mundo está libre de la tristeza. Pero el que está apegado a cualquiera de las cosas visibles aún no se ha librado de la tristeza. ¿Pues cómo no entristecerse si uno se ve privado de lo que ama?
12. En todas las cosas tenemos necesidad de una gran templanza. Pero sobre todo debemos aplicar nuestra atención a esto. Pues vi a muchos hombres que mientras vivían en el mundo, por sus muchos cuidados y ocupaciones, conversaciones y desvelos mundanos escaparon de la furiosa tiranía de su propio cuerpo. Mas cuando entraron en la vida monástica y se vieron libres de estas preocupaciones, se dejaron corromper miserablemente por el ardor del cuerpo.
13. Vigilémonos mucho a nosotros, no nos suceda que pensando caminar por el camino estrecho y dificultoso, caminemos en realidad por el camino ancho y espacioso. Los signos del camino angosto son estos: negarse a las exigencias del vientre, estar de pie en las vigili-as nocturnas, el agua racionada y el pan tasado, beber el purgante de las humillaciones, tolerar los sarcasmos, las bromas y la ridiculización de uno mismo, renunciar a las propias voluntades, tener paciencia en las contrariedades, no murmurar cuando nos desprecian, deshacer el ímpetu de la soberbia, soportar valientemente las injurias, no indignarse contra los que nos infaman, no encolerizarse contra los que nos menosprecian, ser humildes con los que nos condenan. Bienaventurados los que andan por este camino, pues de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,9-12).
14. Nadie entrará en el tálamo celestial a recibir la corona, si no ha cumplido la

primera, la segunda y la tercera renuncia. Quiero decir, la renuncia a todas las cosas, a todos los seres humanos, a todo parente y después, la renuncia a la propia voluntad. La tercera renuncia es la de la vanagloria que acompaña a la obediencia.

15. "Salid de en medio de ellos, dice el Señor, no toquéis la impureza del mundo" (2 Co 6,17). ¿Quién de los hombres del mundo hizo alguna vez milagros? ¿Quién resucitó muertos? ¿Quién ha echado demonios? Nadie. Pues estos son los premios de los monjes, premios que el mundo no puede recibir. Porque si fuese capaz de ello, superflua sería la ascesis y la soledad del retiro.
- 16: Cuando después de haber renunciado, los demonios encienden nuestro corazón con el recuerdo de nuestros padres y hermanos, debemos armarnos contra ellos con las armas de la oración y encender nuestro corazón con el recuerdo del fuego eterno, para apagar con este recuerdo la llama inoportuna de nuestro corazón.
17. Si alguien cree no tener pasión por algún objeto y se entristece en su corazón si está privado de él, ese está completamente en la ilusión.
18. Cuando jóvenes, que se han dado intensamente al amor carnal y a los placeres, quieren entrar a la vida monástica, deben ejercitarse con mucha sobriedad y oración y persuadirse de querer despojarse de todo placer y maldad, no sea que su fin sea peor que su principio (Mt 12,45). Porque el puerto puede procurar tanto la salvación como el peligro. Esto lo saben muy bien los que por este mar espiritual navegan. Y es bien triste ver naufragar los barcos en el puerto, cuando estuvieron a salvo en alta mar.

Segundo escalón: Tú que corres, no imites a la mujer de Lot, sino a Lot mismo, y huye.

*Traducción de la Hna. Isabel Gil Almoda, osb
Monasterio de S. Benito, Zaragoza, España*